

afectos, idealiza, utopiza y, finalmente, fracasa. Confluyen aquí Maquiavelo, Pascal y Spinoza: querer proponer una utopía es un disparate tal como querer reglamentar un manicomio. La condición de posibilidad de toda utopía es la esperanza que está hecha del mismo fantasma que el miedo: un futuro informe. Escribirá Albiac a finales del siglo pasado, algo más de una década después de editar su *Sinagoga*: «En síntesis, el único principio esencial de toda realidad determinada, la *potentia*, esencia de eso a lo cual Spinoza describe como substancia única y no jerarquizable -ni ontológica, ni moral ni políticamente- no puede conocer en su despliegue resistencia alguna que limite su absoluta capacidad autodeterminativa. Mas, cuando del plano de la substancia nos vemos forzados a pasar al de los modos, fragmentos de potencia entre fragmentos de potencia, que chocan entre sí, se rozan, se componen, convienen a veces, con frecuencia libran mortíferas batallas... La libertad, entonces, de los unos no puede aparecer sino como determinación de una sobrea-bundancia de potencia dominante. Y no hay reglas, “leyes”, derecho (menos aún “derecho humano”) que reduzcan el conflicto o limiten sus efectos, “puesto que el derecho de cada cual se define por su *virtus*, o sea, por su poder [...] Que el Estado reposa, sin embargo, sobre el terror -*metus*- es algo que los más venerables entre los teóricos que asistieron al nacimiento y configuración de la máquina habían apreciado, desde los orígenes mismos de la modernidad, como la esencia misma de su ser. En el XVII, Spinoza le dará forma definitiva, al describir cómo “aquellos que no aceptan el miedo ni la esperanza y no dependen más que de sí mismos”, pasan automáticamente a convertirse en “enemigos del Estado” frente a los cuales éste no puede sino “ejercer su represión” por encima de toda norma» (*Pensar en el siglo*, Taurus, Madrid, 1999, pp. 41-44).

Esto nos conduce a la breve segunda parte de la reseña: una interpretación al sentido de su re-edición en nuestros días, tanto para

su autor como para el lector. Albiac cita a finales del siglo XX (*Pensar en el siglo*) a Saint-Just en estos términos: «“Todas las piedras necesarias para el edificio de la libertad están ya talladas; con esas piedras podéis levantar un templo o bien una tumba”. Será una tumba. La de las grandes mitologías sobre las cuales la Revolución alzó su templo» (*Op. cit.*, página 40). Todo marxista que se declare hoy “progresista” es un impostor. Spinoza es la fórmula de un Marx sin implicancias de apisonadoras progresistas, sin *gulags*, sin represión, sin pogromos; es la antesala de la lectura de *El Capital*, quizá la única lectura verdadera. En el contexto de esta crisis que estamos viviendo muchos son los que reivindican ahora a un clarividente Marx que ha devenido súbito *trending topic* por doquier, pero muy pocos los que se molestan en leer comprensivamente aquella su obra fundamental. *La sinagoga vacía*, leída hoy, sigue dando una clave fundamental para entender al judío de Tréveris en un momento en el que sigue teniendo tanto que decir como antes.

Vicente CABALLERO DE LA TORRE

CATALÁN, M.: *La ética de la democracia. Sobre la política de John Dewey*. Alicante, Verbum, 2013, 120 pp.

*Filosofía y democracia: John Dewey y la política actual*.

Los tiempos de crisis suelen alumbrar las grandes reflexiones sobre el presente inmediato. Las dificultades actuales siempre son un incentivo para buscar en el pasado explicaciones dignas de crédito. A este propósito responde el libro del filósofo y escritor Miguel Catalán (Valencia, 1958).

*La ética de la democracia* no responde a la exposición de la filosofía política del autor

estadounidense John Dewey (1859-1952), uno de los pilares del pragmatismo clásico del pasado siglo; tampoco se trata de una explicación de las ideas de John Dewey sobre la vida pública en el actual panorama de la teoría política normativa. Más bien nos encontramos ante un intento de comprensión sinóptica del sentido de la democracia de Dewey a partir de su pensamiento ético y político, pero con especial incidencia en el *éthos* de la política, tan distanciado por desgracia de nuestro presente más próximo.

Esta reflexión sobre las raíces de la democracia forma parte indirecta de un amplio proyecto filosófico que posee una década de andadura y que recibió ya en sus inicios el título global de *Seudología*. Los sucesivos tomos del tratado del mismo nombre publicados hasta hoy pretenden desentrañar los distintos mecanismos de mentira y engaño que rodean la existencia humana a través de un análisis que muestra las distintas claves del problema a lo ancho del mito y lo largo de la historia. Aunque no forma parte del tratado, el presente título avanza en negativo, con su énfasis en la colaboración educativa, la cooperación ciudadana y la transparencia gubernamental, los anunciados próximos volúmenes de *Seudología* dedicados a la mentira y la propaganda política y que vendrán a sumarse a obras como *El prestigio de la lejanía*, *Antropología de la mentira*, *Anatomía del secreto* o *La creación burlada*. El autor de este ambicioso proyecto es el valenciano Miguel Catalán, profesor de Ética, Deontología y Pensamiento Político de la Comunicación en la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Valencia. Autor también de novelas, libros de relatos y de pensamiento breve, Catalán destaca como especialista en el pragmatismo norteamericano, en especial el de John Dewey, sobre cuya obra ya escribió en libros como *Pensamiento y acción* o *Proceso a la guerra*. A los márgenes de ese estudio filosófico se aproximan libros como *El sol de medianoche* (2001) o *La nada griega*

(2013), colecciones de aforismos y paradojas, y el *Diccionario de falsas creencias* (2002), compilación que manifiesta por primera vez el interés del autor por los temas de la falsedad y el autoengaño en la realidad cotidiana.

*La ética de la democracia* sitúa la obra política de Dewey en los años veinte y treinta del siglo XX, momento en que el autor norteamericano forjó su pensamiento político y que, según Catalán argumenta al principio y al final del libro sobre todo, guarda una gran semejanza con las primeras décadas de este nuevo siglo. Semejanzas visibles se observan en el descontrol financiero, la recesión económica y la esclerosis institucional. La diagnosis que hace Dewey sobre la crisis del liberalismo de principios del siglo XX suponen un enfoque de puede ayudar a identificar las condiciones de salida a la actual crisis de representatividad. A juicio de Catalán, el pensamiento de Dewey sobre la democracia como modo de vida responde a su vigor intelectual, inteligencia comprensiva y generosidad moral, valores que desembocan en el ideal de participación y deliberación ciudadanas. La transición de la ética social a la política propugnada por Dewey resulta de particular interés para nuestro país, en el que la ausencia de participación ciudadana en la toma de decisiones políticas auspiciada por los dos grandes partidos ha desembocado en un sistema de corrupción tan extendido que hace necesaria una necesaria regeneración ética como primer paso hacia la regeneración política. A juicio del autor, la recuperación democrática pasa por aspectos como la exigencia de un Jefe del Estado elegido por el pueblo en vez de una monarquía legada por el último dictador; por un Tribunal Constitucional y un Tribunal de Cuentas cuyos miembros no sean nombrados según un flagrante sistema de cuotas por los mismos dirigentes que estas instituciones se supone deberían controlar, pasando por unos partidos políticos con democracia interna que no resulten corrompidos de raíz por un turbio

sistema de financiación que se extiende al resto de la población e impide la participación ciudadana más allá del voto cada cuatro años sobre unas listas cerradas.

Partiendo de la biografía de Dewey como modelo del intelectual progresista determinado a actuar en la vida pública, el libro nos ayuda a entender mejor el genuino interés del autor pragmatista para ayudar a resolver los grandes problemas sociales de su país antes de pasar a abordar las condiciones morales, sociales y educativas de la democracia en su propia teoría política. La presentación del filósofo de Vermont le sirve a Catalán para trazar un paralelismo con los tiempos actuales. Un juicio ponderado, a la vez que elogioso, se extiende sobre su pensamiento y la necesidad de recurrir a sus ideas para resolver algunos problemas del presente. Dewey criticaba la desregulación de un capitalismo voraz que desembocó en la Gran Depresión, un mundo dominado por las grandes corporaciones exentas de regulación que buscaban el beneficio rápido a cualquier coste. Como señala Catalán, el mundo retratado en *The Public and Its Problems* no es muy distinto al que estamos viviendo casi una centuria después, a principios del siglo XXI, una vez el hundimiento del bloque soviético despejó el temor a la penetración del comunismo en los países capitalistas y la muerte de las ideologías dio lugar al neoliberalismo hegemónico actual. Las reformas planteadas por Keynes con el fin de suavizar los aspectos más brutales del sistema parecen haber pasado a la historia; y, sin embargo, fueron esas reformas las que permitieron sobrevivir al capitalismo tras la debacle liberal de los años veinte y treinta.

El universo postcomunista se asemeja en muchos aspectos a los últimos años del siglo XIX, cuando las empresas y las organizaciones campaban a sus anchas y las grandes fortunas carecían legítimamente de obligaciones. Los trabajadores carecían de derechos, algo muy similar a lo que se ve en nuestro país al atra-

vesar una crisis económica en la cual deben pagar las clases menos favorecidas por el sistema y los que menos beneficio lograron en los años de bonanza. En España, según refleja Catalán, la desigualdad social ha aumentado más de tres puntos en los últimos cinco años, en el conjunto de un panorama internacional que ve agrandar el desequilibrio a un ritmo parecido. En el terreno de los impuestos, los pobres y los asalariados con sueldos de valor adquisitivo decreciente han de reservar una parte creciente de los mismos para pagar los impuestos sobre el trabajo y la renta de que están exentas en la práctica las grandes fortunas., una situación de creciente desigualdad que no cesa de recordar el arco económico y ambiente político que denunció John Dewey:

“El chantaje indirecto de los refugios fiscales extraterritoriales conocidos con el nombre de paraísos fiscales con que los magnates eluden su responsabilidad pecuniaria ante los Estados implica que las grandes fortunas multiplican sus beneficios utilizando la fuerza de trabajo y las ventajas de la estabilidad política, pero luego no sólo acumulan el dinero que les corresponde según unas leyes ya de por sí injustas, sino también con el que deberían aportar por ley a la comunidad. La enorme desigualdad social generada por un sistema abusivo e irracional que denunció Dewey como causante de los males del sistema sociopolítico norteamericano vuelve a reproducirse en el mundo globalizado que hoy habitamos. Un mundo en el que la diferencia de ingresos entre los más ricos y los más pobres ha llevado a que un escaso 0,001% de la población acumule un tercio aproximado de la riqueza total.”

El sometimiento de la esfera política a la económica en los tiempos de Dewey, y ahora de nuevo en los actuales, procede de la internacionalización de los movimientos especulativos tan injustos como amorales que se rigen por una lógica ciega en la que sólo el rédito tiene justificación, sin importar el pre-

cio al que se obtiene. Tanto en esa esfera internacional como en la nacional se reproduce el predominio moral y políticamente insostenible de unas pocas grandes empresas sobre cualquier criterio de previsión inteligente, tal como ya lo describió en 1930 el economista y politólogo inglés Harold Laski al proponer la civilización del mundo de los negocios.

En un contexto en que siguen vigentes la pleitesía de los grandes partidos políticos a los bancos que financian sus campañas y luego obtienen beneficios legislativos antisociales, así como a las grandes empresas que las pagan en forma de asesorías nominales y otras prebendas después de que el tribuno ha abandonado su responsabilidad vendida al mejor postor, sólo la regulación, como proponía Dewey, de las actividades empresariales y políticas a partir de un sistema de participación efectiva puede subsanar la crisis presente. El pensamiento de Dewey resulta aquí de enorme interés. Catalán destaca el hecho de que las ideas de Dewey de los años veinte y treinta contribuyeran a perfilar en su día el conjunto de medidas políticas y económicas que conoceríamos con el nombre de *New Deal* y, en definitiva, el Estado del bienestar que surgió en parte de aquella experiencia, hoy amenazado por el empuje de los teóricos e ideólogos de la desregulación. Dewey pensaba que era necesario aplicar lo que denominaba inteligencia social de la democracia también al ámbito económico, y que esa aplicación no podía alejarse demasiado de cierta forma de socialismo; un socialismo liberal que tendría la misión de humanizar el sistema productivo respetando los derechos individuales de orden tanto político como civil generados por la tradición liberal de Occidente.

Este ajuste del sistema implica una mirada ética sobre los problemas actuales, mirada que lejos está de los visos políticos de nuestro país, pero que exige ese retorno al pensa-

miento pragmatista como intento de la inteligencia social de remediar los males del presente. Esa es la propuesta que preside el pensamiento de *La ética de la democracia*, un estudio de algo más de cien páginas que, a partir de un autor y una época que nos resultan relativamente ajenos, pone sin embargo el dedo en la llaga de los problemas más acuciantes de la sociedad actual: una reflexión sin ataduras mendaces y sin requiebros pedantes que reactualiza el problema de la crisis y del mal funcionamiento de la representación política mediante un registro que agrada tanto al lector cómplice como al especialista crítico. Una búsqueda de remedio a la vez idealista y realista que no dejará de sorprender a quienes asocian pragmatismo con falta de ideas o ideales.

Luis VERES

CAMUS, A.: *Breviario de la dignidad humana*. Barcelona: Plataforma Editorial, 2013. 85 págs.

El *Breviario de la dignidad humana* es una selección de fragmentos extraídos por Elisenda Julibert de las obras del filósofo Albert Camus. No se trata de una obra completa, ni tampoco de un corpus sistemático, sino de una serie de retazos, de una selección de fragmentos que picotean en la vasta obra de Camus y que van dibujando, como si fueran pinceladas impresionistas, la imagen intelectual del filósofo. Por lo tanto no puede buscarse en este *Breviario* un hilo conductor, ni un tema central, ni un único problema filosófico más allá del propio itinerario que siguió Camus a lo largo de sus obras, sino tan solo, quizás, las preocupaciones que con más frecuencia motivaron al autor.

Además de las obras más famosas, como *La peste*, *El mito de Sísifo* o *El hombre rebelde*,